

La vida en rojo

carta de un arriero

MARCO AURELIO CARBALLO

Doctor Juan Roque Flores: Te escribo para agradecerte el apoyo del municipio a la presentación de mi libro Mamá estaba loca y otras turbocrónicas. Yo sí padezco de miedo escénico y lo venzo a punta de lingotazos de whisky o de cañazos de ron. Esta vez llegué sobrio a fin de tomarle el pulso al miedo. Sigo padeciéndolo, reconfirmé, y quién sabe si haya cura o no la haya y si tenga significado superarlo.

Antes empinaba el codo para olvidar el miedo a los aviones. Pero no en el vuelo DF-Tapachula, antes de las doce meridiano, porque no es de caballeros beber a esa hora, aunque yo sea producto neto de la jungla. Por eso, al llegar a la tierra y caminar envuelto en el soplo ardiente de la costa de la selva, pese a la brisa yodada del Pacífico y a los aires a cafetos del Tacaná, arrumbo las maletas y troto como chucho hacia La Mesa Redonda. Con seis espumosas (1.5 litros) me rehidrato y neutralizo a posteriori todo temor infundado, diría el intelectual.

Resultó significativo que leyeras ante el público mi texto "El piloto que contaba historias de amor", pasaje vital de Víctor Manuel Camposeco (Tapachula, 1943), autor de Correo de Hiroshima (Aldus). Trataré de conseguírte un ejemplar. Estoy seguro de que te gustará.

El salón La Finca estaba lleno gracias a que llegó la mayoría de mis parientes. Asimismo gracias a la promoción de tu hermana Edith, de la psicóloga Adela Alicia Bautista Estrada y de la tuya propia, los tres alegres mosqueteros de la cultura soconusquense, valga la alusión al libro del maestro Dumas el bueno. En los salones asépticos de los hoteles sólo se presentan best-sellers y ahora, con tus buenos oficios, ya no envidiaré a quienes disfrutaban de esos privilegios. Soy, como Rafael Sánchez Ferlosio, worst-seller, el peor en ventas.

También suscitaron interés las notas del Diario del sur, cuya dirección está a cargo del gran periodista Mario Ruiz Redondo. Publicó una foto mía (28/XI/2004) tres veces más

grande que la de un Premio Nobel, en la sección "Galería", a cargo de Carlos Morán. Lo cual se justifica sólo por la amistad.

Pareciera lugar común aquello de que en la cárcel, en el hospital y en las presentaciones de libros se conoce a los amigos. Volví a comprobar su certeza irrefutable. Me hubiera gustado la presencia de cinco ex compañeros de prepa a quienes veo sólo en La Mesa.

Sí estuvo presente el contador Guillermo Esquinca Ballinas, pero él es un experto en narrativa y promotor de la lectura, aparte de amigo de sus amigos y azote de los malvados. Por demás está hablar de la solidaridad del compañero Gustavo Gonzzali Mayoral, el otro presentador del libro además de ti.

Quizá mis camaradas beban antes de la comida y duerman la siesta en hamaca, previo vaivén. Costumbre que cultivo ahí adonde viajo, pese a que nunca hice la siesta antes de los veinte. Sería formidable descubrimiento una hamaca de hilo fino que entrara sin calzador en una caja de zapatos.

Como bien recordaste, a partir de los ocho, vendí y reparé durante dos sexenios los diarios del D.F. Al principio a pie y después encaramado en una bici y gambeteando por toda la ciudad, lloviera o temblara, empapándome con los pencazos de agua o curtiéndome de cabo a rabo con los rejones ardientes del sol. No recuerdo si eran treinta o cuarenta los suscriptores de Excelsior dispersos por la ciudad, entre ellos tu padre, don Juan Roque Natarén.

Debo traerlo en el ADN (lo de la siesta) y, así como pude haber heredado de mis dos abuelos la proclividad por el trago, me dio por la bendita siesta ya de adulto. Sagrada ahí donde se acostumbre.

Presentaré mi próximo libro antes de la hora de la comida para confirmar, con los cinco ex compañeros de banca aludidos, si a los amigos se les conoce en la cárcel, en el hospital, etcétera. Total, mi primo el doctor Arturo Pacheco dice que publico libros como él extirpa muelas.

Por ahí nos encontraremos, estimado doctor Roque Flores. Arrieros somos...

Así como nos vimos hace años en la ventolera aquella de los diálogos entre representantes de los partidos políticos y de los zapatistas, yo detrás de la raya, ahora coincidimos en una mesa, no de negociación, porque la batalla diaria contra el lenguaje es a muerte aunque atípica. Peleamos encarnizados con el lenguaje para domesticarlo y terminamos adictos a él y dependientes, una dependencia heredada también. 🐾